

CRONICA MADRILEÑA

por Pilar NARVION



LA PLAZA DEL DOS DE MAYO

De ordinario, la plaza del Dos de Mayo es una más, entre las recoletas, provincianísimas y peripuestas de mafeja de nuestra Villa y Corte. Allí acuden a picotear y armar la algarabía los gorriones del barrio de las Maravillas; allí lucen vuelos valseados las palomas de la parroquia; allí acuden a la atardecida los tristes y complicados huéspedes del Albergue de Santa María de la Cabeza. En las aceras juegan al marro las niñas de la vecindad, y en los jardincillos, a héroes de la independencia, los rapaces que tienen su hogar en la calle del Divino Pastor o en la de Monteleón.

En la plazolilla hay bancos municipales donde escuchan las primeras declaraciones de amor las chicas del cercano Instituto Lope de Vega; donde los artesanos del barrio discuten de fútbol o de toros, y donde los abuelos de la cercana Corredera Baja llevan a tomar el sol a sus nietos. Algunas convecinas sacan al portal las sillas pequeñas, y mientras bajan el dobladillo de un vestido ponen una pieza a la sábana o hacen las valnicas de una servilleta, tijeretean con la sinhuero, que es sabroso y gratis entretenimiento.

Una vez al año, la plaza del Dos de Mayo se pone tufo, se recompone, se emperijilla y celebra sus importantes fiestas religiosas y patrióticas. Por lo que toca a las primeras, la de la Cruz de Mayo, su Patrona; por lo que toca a las segundas, conmemora la gesta del Dos de Mayo, con los ringorringos oportunos.

LA BANDA MUNICIPAL, EN EL DOS DE MAYO

Llegándome por la cuesta de Monteleón, encontré ya un par de coches de turistas de fino olfato. La plaza era una pura gloria pueblerina, garbeando alegre y chulapa a los acordes del pasodoble "Dos de Mayo", del maestro Chueca.

—¡Cinemascope en tecnicolor! Perra gorda, los chicos; doble perra gorda, los adultos. El Museo de California, París, América, la corrida de toros, los "convoys del Oeste. ¡A perra gorda, los chicos; a doble perra gorda, los adultos!

El hombre de "las vistas" tiene una clientela alborotada, que guarda respetuosamente la cola. El hombre de "las vistas" tiene atados los aparatos con vistosas cadenas doradas.

Tres árboles más allá, el artista de la fiesta ha montado su negocio. Ha colgado la muestra de un árbol, una sonriente "estrella" cinematográfica dibujada a lápiz, y de la que cuelga el cartel explicativo: "Se retrata, tres pesetas en cuatro minutos." Un Julián con traje príncipe de Gales y bigote a lo Robert Taylor, posa de perfil, luciendo una nariz que han debido elogiarle más de tres oficiales de modista.

Suena "El tambor de granaderos", que el maestro Arámbarril parece dirigir expresamente para esta independiente y bélica conmemoración. Por los espacios libres, los niños de la Corredera Baja marcan el paso mientras chupan "polos" americanos de todos los colores imaginables.

¡ME LO VENDOOO!...

Una mujer triste, enlutada, sombría, vende baratijas en una esquina; cacahuetes garrapiñados, a una setenta y cinco los cien gramos; caramelos, pitos, cromos, chicle, piedras de río...

—¡Me lo vendooo!

Se venden sombreros de papel, churros, patatas fritas, almendras garrapiñadas, chufas, castañas pilongas, pirulís de La Habana, helados mantecados, bastones, banderas españolas, parisinos...

—¡Me lo vendoooo!

GASEOSA PARA DOS

En el quiosco de la esquina han puesto mesas para la clientela distinguida que quiera oír la música y beber cerveza. Sólo tienen en este momento dos clientes: un como obrero de la construcción, limpio y planchado, y una como su hija primogénita, endomingada, con bolso colorado de plexiglás y lazos azules en las coletas. Están sentados, dándose muchos humos; mirando con cierta lástima a los de las sillas, que las han pagado a peseta, y bebiéndose una gaseosa para dos.

"LA GRAN VIA"

El maestro Arámbarril y su Banda Municipal alegran el barrio entero con la gracia contagiosa de "La Gran Vía". La portera de la esquina canturrea, contoneándose con mucho garbo:

Caballero de Gracia me llaman,
y efectivamente soy así...

El caballero de los bigotazos alecciona a su progenie:

—Aquel Dos de Mayo de 1808, el pueblo de Madrid...

La cronista vuelve a su casa por la cuesta de Monteleón, recordando aquel poema inolvidable de la infancia, el lazo de la buena conducta y el recitado ante la reverendísima Madre:

Oigo, Patria, tu aflicción,
y escucho el triste concierto
que forman tocando a muerto
la campana y el cañón...